



DIÓCESIS DE RIOHACHA
MONSEÑOR FRANCISCO ANTONIO CEBALLOS ESCOBAR C.Ss.R.
SEXTO DOMINGO DE PASCUA EN EL INICIO DEL
MES EXTRAORDINARIO DE LA FAMILIA Y EN EL DÍA DE LA MADRE
RIOHACHA, 9 DE MAYO DE 2021

Estimados hermanos, hoy nos reunimos en torno al altar del sacrificio para celebrar conjuntamente nuestra fe, aunque físicamente ausentes, muy unidos virtualmente a través de estos medios tecnológicos de la comunicación. Así, que los invito a disponerse de manera adecuada para participar y celebrar la Eucaristía, como hermanos, aunque nos quede el sinsabor de no poder comulgar sacramentalmente. Anhelamos que, muy pronto, nos podamos congregarnos de nuevo como pueblo o comunidad de hermanos, para profesar conjuntamente la fe y alimentarnos del Cuerpo de Cristo, mientras peregrinamos a la Casa del Padre.

En esta Eucaristía vamos a orar de manera especial por la familia, en el día en que como Diócesis de Riohacha iniciamos un mes dedicado a su reflexión. Por supuesto que resaltamos la figura de la madre, al celebrarse el día dedicado a ellas, aunque comercialmente se haya trasladado para el último domingo de este mes. Por consiguiente, quisiera orar por todas las madres de la Diócesis de Riohacha para que el Señor les conceda larga vida. Ofrezco la Eucaristía por tantas madres enfermas postradas en las clínicas, hospitales o en sus casas. ¡Cómo no elevar una oración especial por las madres que ya han partido al cielo! Por la mía y por la de cada uno de ustedes.

La liturgia de hoy nos habla sólo de amor. Es decir, “nos habla de lo más humano de lo humano, que es el amor”, el cual es la esencia del mensaje cristiano y de la realidad que nos hace humanos. Esa expresión ágape-amor, es el denominador común de la liturgia de la Palabra. San Juan en la primera carta nos dice que “Dios es amor”, esa es su esencia, esa es la manera de ser de Dios. Y porque Dios es amor y nos ama, con amor de Padre-Madre, nos invita a que nos amemos “los unos a los otros, porque el amor procede de Dios”. Aún más, con insistencia nos dice: “Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor”. En el trozo del Evangelio que acabamos de leer, el Evangelista San Juan en el discurso de despedida de la última cena de Jesús con sus discípulos, insiste en el gran mandamiento que Jesús ha querido dejar a los suyos. No hacía falta otro, porque en este mandamiento se cumplen todas las cosas.

Jesús con la analogía de la vid y los sarmientos del domingo pasado, añade matices siempre nuevos para hacer comprender cuál es la relación que le une al Padre y a los hombres. La expresión permanecer en él, se explica ahora en el sentido de “permanecer en su amor”, es decir, en esa circulación de caridad, de pura donación. Por ello, los sarmientos solamente tendrán vida permaneciendo en el amor de Jesús, porque Jesús no falla en su fidelidad al amor de Dios.

Es verdad que el modelo de amor al cual Jesús nos invita lo encontramos en la Trinidad Santa de Dios, donde el Padre engendra al Hijo por amor, y donde del mutuo amor de ambos procede el Espíritu Santo. Pero como Dios, que es amor, ama también al hombre, su amor bajó hasta nosotros por Jesucristo. Y se nos está dando continuamente por el Espíritu Santo, que es espíritu de amor. Pareciera complicado entender la fuente de procedencia del amor al cual invita Jesús, pero se hace sencillo cuando entendemos que Jesús es la manifestación del amor de Dios; amor expresado de muchas maneras en sus acciones a favor de los más necesitados.

Precisamente, el Evangelio que acabamos de proclamar afirma: “Como el Padre me ha amado, así los he amado yo”. El texto empieza y concluye con la misma consigna: mandamiento del Señor sobre el amor fraterno. Jesús dice que éste es su mandamiento; y en otro pasaje de despedida lo califica de “nuevo”, incluso, sitúa en el amor fraterno la “señal” externa de identificación de sus discípulos. Según el deseo y mandato expreso de Cristo, los creyentes deben amarse mutuamente.

¿Por qué? Porque ellos han sido previamente amados por él: “ámense como yo los he amado”. ¿Pruebas de este amor? Muchas, en especial la mayor de todas: morir por sus amigos: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”. El amor que se sacrifica es el auténtico. El fruto necesario de esta amistad con Jesús es el amor mutuo de sus seguidores. Pero si “uno dice que ama a Dios y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve”.

Sí, “ámense los unos a los otros como yo los he amado”. El amor fraterno tiene, pues, su medida en el amor de Jesús, que llegó hasta la entrega de la propia vida. Amor con sacrificio y con total olvido de sí mismo para darse al hermano necesitado, triste, deprimido, solo, anciano, como el de tantos santos que han ofrecido su vida por amor; aún, como el de nuestras madres, que es incondicional y sincero.

El amor principia y finaliza en Dios, pasando por el hermano. Amar en cristiano no es más que corresponder a Dios, devolverle su ternura, compartir con los demás el amor y la amistad que de él recibimos gratuitamente por Cristo. “El amor, en el sentido cristiano, necesita mucha gratuidad porque la tendencia natural del ser humano va con facilidad en otra dirección: tendemos a ser amados, a ser regalados, a ser servidos... cuando el amor de Dios, gratuito, requiere aprender a elegir para actuar bien, exige servir y no ser servido hasta convertirse en samaritano considerando prójimo al próximo necesitado de servicio”.

Hoy cuando celebramos el día de la familia y de la madre, necesariamente tenemos que descubrir ese amor trinitario en la familia. O mejor, cómo no descubrir y sentir el amor de Dios, expresado y vivo en Jesucristo, en nuestras madres. Ella, como nos dice Jesús en el Evangelio, hablando del verdadero amor o prueba fehaciente, es dar la vida. Y nuestras madres, con creces la han ofrecido y están dispuestas a seguir dándola por nosotros mientras dure su existencia aquí en la tierra.

Hermanos y hermanas, permítanme hacer un breve comentario a los acontecimientos que estamos viviendo en estos días en Colombia. Como expresé en el comunicado a la opinión pública el jueves pasado: - Nos solidarizamos con quienes, en el Departamento de la Guajira y en Colombia, han salido a las calles a marchar, partiendo del postulado que “la protesta pacífica es un derecho y una alternativa válida para lograr respuestas a las necesidades y reclamos sociales”. - Felicitamos a los manifestantes por la manera pacífica en que han transcurrido las marchas en la ciudad de Riohacha y en los demás municipios de la jurisdicción eclesiástica. - Invitamos a todos los ciudadanos a mantener la calma y evitar que personas inescrupulosas se infiltren en las marchas, buscando crear caos y vandalismo. - Pedimos, tanto a la fuerza pública, como a los ciudadanos, respetar los derechos humanos, bajo el postulado de que toda vida es sagrada. - Hacemos un llamado a los gobernantes, a nivel nacional, para que se abran a la vía del diálogo como el único camino válido y civilizado para solucionar las diferencias entre las personas y las instituciones.

Según la lectura de hoy les recuerdo la invitación de Jesús: “ámense los unos a los otros”. Somos hermanos. Zanjemos nuestras diferencias. No nos agredamos. Respetemos nuestras diferencias y maneras de pensar. No utilicemos las redes sociales para insultar a quién piensa diferente. Pero, de manera especial, sigamos orando para que a través del diálogo lleguemos a acuerdos que a todos nos favorezcan.

Que la Santísima Virgen María, la Madre de Jesús, el Hijo de Dios, en la advocación de Nuestra Señora de los Remedios nos acompañe en este caminar.